

Aun estaba el mariscal Saint-Cir muy fijo en una idea, exactísima a no resentirse de poco verosímil, a saber que a la sazón se habían separado los austriacos de los prusianos y los rusos, pues solo a estos últimos se veía delante, sin un solo destacamento austriaco, en cuyo caso, no contra ciento cuarenta ó ciento cincuenta mil hombres, sino contra ochenta ó noventa mil á lo sumo habria que venir á las manos, y así la coyuntura no podia ser mas propicia para caer encima de los coaligados y abrumarlos. Sin embargo, aquí habia una contradicción singular, pues la separacion de los aliados excluía la idea de una tentativa formal contra Dresde, y Napoleon creía mas bien que, si se habían alejado los austriacos era para preparar una marcha ulterior sobre Leipsick, trasladándose hácia las direcciones capaces de conducir á este punto. Estos raciocinios entre dos militares tan competentes revelaban de lleno en medio de que oscuridades se ve obligado á dirigirse un general en jefe, pero no importaban de ningun modo respecto de la conducta que debía ser observada, pues se estaba de acuerdo en tener con el ejército de Bohemia un gran choque, si queria venir á las manos de seguida, y solo impedia emprenderlo en el instante la ausencia de las reservas, ocupadas en atravesar el espacio entre Bautzen y Dresde. Napoleon se separó del mariscal Saint-Cir para tornar de nuevo el mismo dia á la capital de Sajonia, donde tenia que dar órdenes de todas clases a los diferentes cuerpos de tropas. Se convino en que al primer movimiento del enemigo enviaria el mariscal un oficial que se lo avisara (1).

(1) En el mariscal Saint-Cir aplaudimos sobremane-

Para comprender mejor la dificultad del mando conviene decir que Napoleon y el mariscal Saint-Cir tenían actualmente razon el uno contra el otro. Efectivamente véase lo acontecido entre los coali-

ra, además de su mucho talento, la gran independencia de su carácter, solo deploramos que adoleciera de una inclinacion excesiva á la contradicción, que le hizo cometer mas de una falta en su carrera, tan gloriosa por otra parte. Pero vamos á citar una prueba extraña de inclinacion semejante á propósito de las jornadas, cuya relacion acaba de leerse. Dificil es ver jornadas mas activamente empleadas, si bien no fueran venturosas, pues Napoleon partió de Dresde el 3 por la noche; durmió tres ó cuatro horas en Harta, llegó el 4 por la mañana á Bautzen, pasó allí el dia para asistir á la persecucion del enemigo, durante el dia 5 avanzó hasta Górlitz para asegurarse por sus propios ojos de si los prusianos querian hacer cara, á la noticia de una nueva aproximacion del ejército de Bohemia regresó á Bautzen aquella misma noche, llegó allí á las dos de la madrugada del 6, expidió allí todas sus órdenes este dia, y fué á dormir á Dresde, donde entró ya de noche, y el 7 por la mañana dirigióse al lado del mariscal Saint-Cir para tener la conferencia de que se acaba de dar noticia. Marchando durante las noches, pasando los dias á caballo ó en su gabinete, para fijar las direcciones á una multitud de cuerpos, de los cuales recibia informes á cada instante, Napoleon acreditaba la actividad de un jóven en esta coyuntura. Sin embargo, véanse las palabras textuales del mariscal Saint-Cir en sus Memorias, t. IV, pág. 156 ... «Le quedaba la facultad (después de la retirada de Blücher) de marchar sobre Schwarzenberg, que avanzaba por la orilla derecha sobre Rumburgo, y de cuya marcha presumo que estaba enterado, como en los dias 3 y 4 lo fué por el cuerpo 44.º de la del ejército ruso. No obstante, los dias 5, 6 y 7, después de la retirada de Blücher, estuvo en una indecision completa; el 7 hizo que el mayor general escribiera al mariscal Gouvion Saint-Cir una especie de carta de reconvenções...» Sin bus-

gados. A la primera noticia llegada de Dresde de una marcha de Napoleon á Lusacia, ejecutaron los austriacos un movimiento retrógrado correspondiente en Bohemia al que Napoleon ejecutaba al

car en esta última frase el secreto del juicio emitido por el mariscal Saint-Cir, se puede ver qué grado de exactitud tiene su aserto, tras de la narracion que dejamos hecha. Napoleon marchó el 5 sobre Blucher, regresó el 6 llamado por el mismo mariscal Saint-Cir, no invirtió más que algunas horas en cerciorarse de si el llamamiento era fundado, horas no perdidas pues despachó órdenes de continuo, y dedicó el 7 á conferenciar con el mariscal, trasladándose á su lado. De consiguiente no perdió los dias 5, 6 y 7 en irresoluciones. Es falso el supuesto de que Napoleon debia estar enterado del pretendido movimiento del ejército austriaco sobre Rumburgo, es decir sobre la orilla derecha del Elba, pues por una parte el ejército austriaco no ejecutó el movimiento de que se trata, y no volvió atrás mas allá de Tetschen, y por otra pudiera muy bien no conocer Napoleon este movimiento aun cuando se efectuara, pues la cortina de montañas y la mala voluntad de los alemanes nos condenaban á ignorarlo todo, hasta el extremo de que, estando juntos Napoleon y el mariscal Saint-Cir el 7 en Múgeln detrás de Pirna, no sabian si tenian delante á los austriacos, á los rusos y á los prusianos, ó solo á los prusianos y á los rusos. De suerte que en el pasaje que acabamos de citar es todo inexacto, así el juicio como las aserciones, y lo ponemos de manifiesto, no como aduladores de Napoleon, papel que dejamos á otros, ni como detractores del mariscal Saint-Cir, pues al revés estimamos mucho su talento y su independencia, sino como historiadores persuadidísimos de las dificultades de la historia. Sin duda parece que debia saber la verdad un testigo de este mérito, colocado tan cerca de los sucesos, habiendo pasado al lado de Napoleon una parte de los dias, durante los cuales supone que no hizo nada, y sin embargo, véase como se ha expuesto á emitir juicios falsos, por no haber leído lo que Napoleon escribió

punto citado, y volvieron á pasar el Elba detrás de la cortina de montañas, entre Tetschen y Leitmeritz. Este movimiento tenia un doble objeto, primeramente el de proveer á los casos imprevistos, con especialidad el de una operacion de Napoleon sobre Praga, y después el de reponerse algun tanto del rudo sacudimiento experimentado por el ejército austriaco en la batalla de Dresde. Se habia dejado á los prusianos y á los rusos en el camino real de Peterswalde, con ánimo de atraer allí á Napoleon por efecto de demostraciones muy pronunciadas, de libertar así al ejército de Silesia contra

en el curso de estos dias. Nueva prueba es esta de que no conviene aventurarse á juzgar á los hombres que han figurado en los grandes sucesos, sin conocer sus órdenes, y sobre todo sus correspondencias que contienen las verdaderas razones de su conducta. Y al ver á un personaje como el mariscal Saint-Cir, que habia mandado ejércitos, que sabia por experiencia cuán insensatas determinaciones atribuyen á menudo á los que mandan las gentes mal informadas, se convence uno de que no hay que fallar sino en vista de documentos auténticos y tras la compulsacion de los que existen y se pueden haber á las manos. Esto hemos hecho nosotros con atencion escrupulosa, no permitiendonos afirmar sino sobre datos seguros, cotejados unos con otros, no aspirando á ensalzar ni á denigrar á estos ó á aquellos, no figurando como aduladores ni como detractores de Napoleon, convertido para nosotros en un personaje puramente ideal, no buscando mas que la verdad, buscándola con pasion, diciéndola en provecho de Napoleon cuando es favorable, y en su daño cuando le condena. La verdad constituye el objeto, el deber y hasta la felicidad de los historiadores veraces. Cuando se sabe avalorar la verdad y cuanto es hermosa, y aun cómoda, porque solo ella lo explica todo, no se quiere, no se busca, no se ama, no se presenta mas que á ella, ó al menos lo que por tal se juzga.

el cual se dirigia, y de proseguir el plan convenido en Trachenberg, mostrándose muy emprendedores donde no estuviera y muy prudentes donde se hallara, hasta el momento en que, ya extenuado por inútiles correrías, se encontrara el medio de abrumarle. Wittgenstein y Kleist, que mandaban á los órdenes de Barclai de Tolly á los rusos y a los prusianos y estaban llenos de ardimiento, no ejecutaron á medias las demostraciones que tenían á cargo, sino que atacaron á las cuatro divisiones del mariscal Saint-Cir á fondo, hasta el extremo de necesitar éste de todo su aplomo, de todo su talento en la guerra defensiva, para salir libre de una derrota. Mientras los cuerpos prusianos y rusos batallaban de esta suerte en Peterswalde, quebrantado todavía Klenau de los golpes recibidos en Dresde, se hallaba entre Commotau y Chemnitz ocupado en rehacerse, enviaba partidarios ora á Zwickau, ora á Chemnitz, y preparaba la operacion decisiva que, sin atreverse aun á intentarla, meditaban siempre los coaligados á nuestras espaldas, si bien ahora en la direccion de Leipsick y no ya en la de Dresde.

Razon tenia Napoleon al creer que no se pensaba en un segundo ataque contra la capital de Sajonia, y que, de emprenderse una nueva marcha sobre nuestras espaldas, se ejecutaria mas lejos, esto es, por Leipsick; y engañándose el mariscal Saint-Cir acerca de estos particulares, tenia razon al discurrir que los prusianos y los rusos se hallaban á la sazón separados de los austriacos, y que podia ser una buena ocasion de acometerlos. A este último dictámen no objetaba Napoleon cosa alguna, y decia muy sensatamente que cualquiera

que fuese la verdad del caso, no quedaba mas arbitrio que aguardar todo el día 8, para ver qué rumbo tomaba el enemigo, y para dar tiempo á que llegasen la Guardia y la caballeria de reserva. Raro es que solo haya que seguir una conducta, especialmente cuando la situacion se presta á suposiciones contrarias. Asi sucedia ahora, y Napoleon regresó á Dresde el 7 por la noche, pronto á volver á la primera señal en persona, si bien queriendo entretanto velar sobre los movimientos de sus innumerables cuerpos de tropas. Efectivamente, mientras permanecia en acecho, para coger en falta al ejército de Bohemia, ocurrían nuevos sucesos hácia sus alas.

Sin duda se hace memoria de que, al partir de Dresde, primero para dirigirse á Hoyerswerda, y luego para caer sobre Bautzen, citó Napoleon al mariscal Ney para Baruth, con el designio de unirsele, y de apoyar de resultas su movimiento sobre Berlin ó de ir allá en persona. Atraído á Dresde á causa de la aparicion de las cabezas de columnas de Wittgenstein y de Kleist, no creia, segun acaba de verse, en su intencion formal de empeñarse de nuevo sobre las espaldas de la capital de Sajonia, y de consiguiente, para cuando estuviera tranquilo del todo relativamente á este punto, ideaba tornar á sus proyectos sobre la capital de Prusia, y estaba impaciente por saber lo que el mariscal Ney habia ejecutado hacia esta parte.

Este mariscal, enviado para tomar el mando de manos del mariscal Oudinot llegó el 3 de setiembre á Wittenberg, dia mismo en que Napoleon se encaminaba sobre Bautzen, y queriendo ponerse en marcha el dia 5 lo mas tarde, pasó revista á

sus tres cuerpos de tropas, que desde el desastre de Gross-Beeren habian perdido mucho en material, en fuerza numérica y en disposiciones morales.

El material se habia reemplazado por medio del depósito establecido en Wittenberg; la fuerza numérica no pudo ser restablecida, porque en la batalla de Gross-Beeren se perdieron como doce mil hombres, unos muertos ó heridos, otros dispersos y que andaban completamente á la desbandada por los caminos. Se volvieron á recoger los que eran franceses, y se les puso un fusil al hombro; pero estos formaban la minoría, y así los tres cuerpos de tropas ascenderian á lo sumo, aun incluyendo la caballería del duque de Pádua, á cincuenta y dos mil hombres, en lugar de los sesenta y cuatro mil que contaban á la vuelta á las hostilidades. En cuanto á las disposiciones morales ya no tenian aquella ciega confianza en sí mismos, que las jornadas de Lutzen y de Bautzen les habian inspirado, y que el primer revés sufrido acababa de quebrantar de una manera profunda. No estaban satisfechos los gefes. Aunque deseoso el mariscal Oudinot de que se le exhonerase del mando, no podia ver con gusto el envio del mariscal Ney, que parecia ser una condenacion de su conducta. Descontento el general Reynier del mariscal Oudinot, propensísimo á estarlo tambien del mariscal Ney, juntando á su propio enojo el de los sajones á quienes mandaba, no podia ser un lugarteniente animado de muy buena voluntad, aun cuando siempre dispuesto á cumplir su deber sobre el campo de batalla. Por último, del general Bertrand invariablemente adicto al servicio del emperador,

era de quien el mariscal Ney tenia que recelar menos, si bien esperara una situacion mas independiente que la que le habia tocado. A todo esto el mariscal Ney, no habiendo ejercido casi nunca el mando en gefe, aunque hubiese tenido numerosas reuniones de tropas bajo sus órdenes directas, no fijándose en sus instrumentos y apremiadísimo á emplearlos, pasó revista á sus tres cuerpos el dia 4, y les anunció que al dia siguiente se emprenderia la marcha. Citado á Baruth, debia trasladarse de Wittenberg á Juterbock, escurriéndose en cierto modo de izquierda á derecha, con el fin de ocultarse del ejército enemigo, que se hallaba entero delante de Wittenberg; provisto de una inmensa caballería, y teniendo así ojos por todas partes.

Delante de Wittenberg estaba alineado el ejército francés en semicírculo, con el 7.º cuerpo del general Reynier á la izquierda, el 12.º, del mariscal Oudinot en el centro, el 4.º, del general Bertrand, á la derecha. Tan estrechados se veian por el ejército del Norte que las avanzadas se hallaban en choque continuo. Obrando aqui el mariscal Ney muy hábilmente, dejó su derecha formada por el 4.º cuerpo delante del contrario durante la mañana toda del 5, y emprendió el movimiento proyectado con el centro, compuesto del cuerpo 12.º Por detrás de su derecha llevole en direccion de Zahna, y fué á arrebatár este punto al cuerpo prusiano de Tauenzien. Un riachuelo habia que cruzar en la aldea misma de Zahna; forzado, fué á pesar de alguna resistencia, y se desembocó al otro lado. El 7.º cuerpo, que formaba la izquierda, apoyó los esfuerzos del 12.º sobre Zahna, y

luego que hubieron desfilado uno y otro, habiendo ocupado ya el 4.º bastante al enemigo, levantó su campo y se juntó al resto del ejército que en un día hallóse así en *eyda*, á cinco leguas de Wittenberg sobre la derecha. Este movimiento, ejecutado pronta y valerosamente, nos costó unos mil hombres y doble número á los prusianos. Sin embargo, se trataba de saber, si precedidos, flanqueados, seguidos por una inmensa caballería, observados en todos nuestros movimientos, nos sería posible continuar esta marcha de flanco sin ser asaltados por el enemigo, y heridos en el mismo flanco que le presentábamos inevitablemente.

Si Napoleon formara generales en jefe, en lugar de formar admirables lugartenientes, sola clase de alumnos que podía salir de su escuela, puesto que nunca les permitía ser otra cosa, no se expusiera á ver interpretadas sus órdenes como lo fueron en esta coyuntura. Aun cuando hubiera prescripto al mariscal Ney que se trasladara á Baruth, lo cual implicaba la necesidad de un movimiento de flanco y absolutamente á la vista del contrario, menos sumiso difiriera la ejecucion de sus órdenes mas bien que aventurarse á una batalla general, dada en posicion falsa y contra fuerzas infinitamente superiores. Pero, acostumbrado el mariscal Ney á no examinar el valor de las órdenes de Napoleon, no pensando mas que en atemperarse puntual y hábilmente á ellas, haciéndose aun mas confiado de resultas de su operacion feliz del día 5, prosiguió su movimiento de izquierda á derecha sin vacilacion alguna.

Sobre Juterbock habia que penetrar al dia siguiente, y luego hasta Baruth ya no quedaba mas

que una marcha. Determinó el mariscal Ney que el general Bertrand, que continuaba formando la derecha del ejército con el 4.º cuerpo y estuvo menos empeñado el dia antes, marchara el primero sobre Juterbock á las ocho de la mañana, y que le siguiera el general Reynier con el 7.º y el mariscal Oudinot con el 12.º. Estando el enemigo tan sobre aviso y tan cerca, fuera mejor marchar en masa, perfectamente apretados unos con otros, sobre todo operando un movimiento de flanco y de dia con cincuenta mil hombres y contra ochenta mil combatientes. Pero los tres cuerpos se hallaban á dos horas de distancia unos de otros, y para colmo de desventura, caminaban por una llanura arenosa, y con un viento que levantaba nubes de polvo, totalmente impenetrable á la vista.

Desde las ocho de la mañana hasta medio dia, continuaron el avance, siempre hostigados de flanco por una numerosa caballería, que iba contentiendo la nuestra no sin gran trabajo. No cabia dudar que Bernadotte estaria enterado de nuestro proyecto, y que para obstruirnos el camino de Juterbock se moveria en masa, segun la direccion que habia tomado y segun el número de sus ginetes. Pero si se llegaba al desfiladero de Dennewitz, que habia que cruzar indispensablemente antes de que allí se encontrase al enemigo en masa, se podia muy bien forzar el paso este y llegar á Juterbock los primeros. Entonces todo el ejército francés se hallaba fuera de peligro, y el príncipe de Suecia quedaba reducido á seguirle á la cola, sin esperanza de darle alcance.

Repentinamente fueron asaltados á eso de medio dia por la metralla, partida del seno de una

nube de polvo. Sin saberlo se hallaban en presencia del cuerpo de Tauenzien, empujado la vispera por delante, estándolo todavía ahora, y ya tocaban al desfiladero de Dennewitz, único paso algo difícil que había que superar en el curso de esta llanura. Véase en qué consistía el desfiladero.

Trasversalmente, y delante de nosotros, corría un arroyo poco profundo, si bien muy pantanoso, yendo de Niedergorsdorf á Juterbock, y que no se podía cruzar más que por dos puntos, por Dennewitz ó por Rohrvech. Llegado á este sitio, después de correr de nuestra izquierda á nuestra derecha, torcía para penetrar rectamente por delante de nosotros hasta Juterbock, pequeña ciudad ante la cual corría, describiendo diversos contornos. Cruzando á Dennewitz el camino real de que necesitábamos para nuestros parques en aquel océano de arena, había que forzarlo sin remedio en Dennewitz mismo. Allí acudió el general Bertrand atraído por la metralla, y habiéndose disipado un momento la nube de polvo, reconoció á los prusianos. Se le alcanzó que había que arrollarlos y que trasponer el desfiladero de Dennewitz á pesar de ellos. A su turno acudió el mariscal Ney, vió que no había que hacer otra cosa, é inmediatamente dispuso que se llevara á cabo.

A la cabeza marchaba la division italiana de Fontanelli. Seguido este general de algunos batallones entró en Dennewitz, atropellando á un destacamento prusiano, y paso de esta suerte el arroyo. Pero no en la misma aldea de Dennewitz, sino al otro lado, y sobre excelentes posiciones extendidas delante de nosotros hácia la izquierda, era donde había determinado resistirnos el enemigo, opo-

niéndonos cuantas fuerzas tenía á la sazón juntas. Por fortuna en aquel instante solo tenía el cuerpo de Tauenzien sobre el terreno; el de Bulow avanzaba á toda prisa; los suecos y los rusos movíanse también diligentes, pero aun se hallaban á larga distancia. Si por su parte precipitaban su marcha todos los cuerpos franceses, no era imposible que llegaran á tiempo de cruzar el desfiladero, destruyendo á Tauenzien y quizá á Bulow de igual modo.

Apenas pasó de la aldea de Dennewitz la division italiana, cayeron sobre ella miles de ginetes con una artillería numerosa, pero no se dejó arrollar por tales fuerzas. A la salida de Dennewitz nos hallábamos sobre una llanura limitada en el horizonte por bosques, y terminada á la izquierda por alturas, encima de las cuales había un molino. Hácia la derecha se descubría á Juterbock en lontananza. Siempre habilísimo el mariscal Ney sobre el terreno, dirigió personalmente las disposiciones todas. A la izquierda y junto al molino de Dennewitz situó á la hermosa division de Morand, cuyo valor duplicaba este caudillo con su presencia, en el centro á la division italiana, y á la derecha y en direccion de Juterbock á la division wurtemberguesa. Bien apostada nuestra artillería sobre las partes salientes del terreno, contuvo á la de Tauenzien, y aun obligóla á que callara. Entonces la numerosísima caballería enemiga se arrojó sobre la nuestra, que respondió á la carga, si bien fué rota. Vivamente perseguidos algunos de nuestros escuadrones, se precipitaron por entre los huecos de los batallones italianos, que no se atrevieron á disparar los fusiles por miedo de herir á nuestros ginetes. Privándose así dos de estos batallones de sus

fuegos fueron destrozados por la caballería contraria, cosa que produjo algun desorden en nuestra línea. Ante este espectáculo el general Bertrand tomó dos batallones del regimiento 43.º, avanzó á la izquierda, y cubriendo nuestra línea quebrantada, dió lugar á que se rehiciera. Le cayó encima toda la caballería prusiana y rusa, pero la recibió en cuadros, é hizo impotentes todos sus esfuerzos. Sin embargo, conviniera que llegaran nuestros cuerpos, dado que se aproximaban los del enemigo, y ya desde la aldea de Niedergorsdorf, situada mas arriba de Dennewitz, se veia desembocar el cuerpo de Bulow, fuerte de veinte y cinco mil prusianos muy animosos. Anticipandose el general Bulow á las órdenes de Bernadotte, como en Gross-Beeren, habia andado muy de prisa, y sus cabezas de columnas asomaban hácia nuestra izquierda, al par que no se descubria ni á Reynier ni á Oudinot sobre nuestra espalda. Desembocandó las columnas de Bulow de Niedergorsdorf, muy pronto encontraron á los dos batallones del regimiento 43.º, que Morand habia apostado á la izquierda sobre una cumbre, para servir de apoyo á nuestra línea de batalla. Estos dos batallones se mantuvieron firmes, pero agobiados por el número á la postre, se vieron obligados á ceder el terreno en que se hallaban establecidos. Situada nuestra artillería algo detrás y de la parte de arriba, protegiólos, abrumando á los prusianos de metralla. Ney, convertido de general en gefe en general de division, tomó dos batallones del regimiento 8.º, tambien pertenecientes á la division de Morand, los llevó adelante, y reconquistó el terreno que á pesar suyo habian perdido los dos batallones del regimien-

to 43.º Al mismo tiempo despachó oficiales tras oficiales á Reynier y á Oudinot para acelerar su llegada. Desplegóse todo el cuerpo de Bulow, pero empeñada toda la division de Morand sucesivamente hizo cara á todas las fuerzas del enemigo. Estrechada por oleadas de caballería, las recibió en cuadro, y formóse alrededor un baluarte de ginetes enemigos, muertos ó desmontados. Asi se sostuvo por quince mil hombres contra unos cuarenta mil el combate.

Empezada á medio dia esta desigual lucha, ya hacia tres horas que duraba con eventualidades diversas, sin poder conseguir que abandonásemos el desfiladero que mas allá del arroyo de Dennewitz habiamos conquistado. No obstante, se descubria distintamente al ejército ruso y sueco avanzando á marchas forzadas sobre la aldea de Golsdorf situada á nuestra izquierda, mas acá del arroyo que habiamos cruzado, y formando un angulo recto con dicha corriente. Ya tenia alli Bulow un destacamento, y si continuaban los progresos del enemigo podian quedar interceptadas las comunicaciones entre nuestras tropas comprometidas y las que aun estaban en marcha. Oyendo el cañoneo Reynier y Oudinot, á quienes por un enorme yerro dejó Ney á muy larga distancia de Bertrand, bien que, habiéndolo oido ya el dia antes, y envueltos por una nube de polvo que les impedia ver los objetos, no se creyeron en la obligacion de acelerar el paso. Avisados finalmente, se dieron mas prisa, y tomando el cuerpo 7.º la delantera al 12.º, llegó á disminuir la desigualdad de fuerzas bajo que iba á sucumbir el 4.º

Ségun las órdenes de Ney, reducidas á formar-

se en horca sobre nuestra izquierda, para contener á Bulow y hacer cara á los suecos y á los rusos que se estaban aproximando, detenido Reynier un instante por los bagages del 4.º cuerpo, empujó por delante á la division francesa que le infundia mas confianza, la de Durutte, y situóla detras de Dennewitz mas acá del arroyo. Apostada allí esta division sobre un ribazo, podía hacer gran uso de su artilleria, y lo hizo en efecto. Reynier dirigió la division sajona de Lecoc sobre Golsdorf, y mantuvo su segunda division sajona, la de Lestoc, en reserva. Tan luego como se ejecutaron estas disposiciones, trasladándose el general Durutte al seno del angulo trazado por nuestra línea, atajó á los prusianos que desembocaban de Niedergorsdorf. Por su parte la brigada de Mellentin, de la division sajona de Lestoc, penetró en Golsdorf, desalojó de allí á los prusianos, y de esta suerte impidió al enemigo que se estableciera sobre nuestra izquierda. Así se sostuvo la lid con encarnizamiento en medio de nubes de polvo, que no permitian ver otra cosa que las tropas que se tenian inmediatamente delante.

Al cabo llegó Oudinot, pasó por detras de los cuerpos que le habian precedido, y descubriendo la tempestad que nos amenazaba hácia la izquierda, pues cuarenta mil suecos y rusos marchaban sobre Golsdorf por este lado, situó detras de los sajones de Lestoc dos de sus divisiones, y mantuvo en reserva la otra. Merced á este refuerzo, y salvo cualquier accidente, aun era posible que los cincuenta mil hombres de Ney hiciesen cara á los ochenta mil enemigos que se les echaban encima, y que lograsen llegar á Juterbock sin descalabro.

Pero á la sazón un gran esfuerzo de Tauenzien

y de una mitad de Bulow sobre el cuerpo de Bertrand debilitado por una larga lucha, le obligó á que se replegara, y á eso de las cuatro de la tarde cedió terreno, despues de perder tres mil hombres, no repasando el arroyo de Dennewitz, sino apoyándose algo á la derecha hácia Rohrbeck, y permaneciéndose siempre delante del arroyo. Demasiado preocupado Ney con lo que tenia delante de los ojos, y no pensando suficientemente en el conjunto de la batalla, temió que Dennewitz quedara al descubierto de resultas del movimiento de Bertrand, y ordenó á Reynier que reemplazara á la division de Durutte en Dennewitz mismo. Al mismo tiempo dispuso que Oudinot se trasladara de Golsdorf, donde servia de apoyo á los sajones, á Rohrbeck, para formar detras de Bertrand en reserva. Esta era una falta doble, porque despues de aproximarse Bertrand á Rohrbeck, nuestra derecha se hallaba menos en peligro que nuestra izquierda replegada en horca y amenazada por la irrupcion de cuarenta mil enemigos. Al recibir el general Durutte la órden por conducto del general Reynier, abandonó con una de sus brigadas la buena posicion en que se hallaba detras de Dennewitz, pasó el arroyo, y apoderóse del molino de Dennewitz desamparado por Bertrand. Su segunda brigada reducida á sus propias fuerzas no fué bastante á guardar el seno de nuestro ángulo. En el mismo instante dejó Oudinot su lado izquierdo, de que era apoyo indispensable para ir al lado derecho. Entonces la division prusiana de Borstell, apoyada por una nube de caballeria y por toda la artilleria rusa y sueca atacó á Golsdorf, quitándosele á la brigada sajona de Mellentin. Antes de su retirada afanáse Oudinot



por ayudar á los sajones á recuperar á Golsdorf, si bien obligado á seguir su movimiento, los abandonó muy luego á su suerte. Los sajones, que por honor se habian portado bien hasta ahora, aunque el odio estuviera pronto siempre á acallar el honor en su alma, creyéndose abandonados por los franceses, á pesar de batirse por su causa, viendo delante avanzar la masa de los suecos y de los rusos, empezaron á retroceder sobre el terreno. Al descubrir pérfidos alarmistas las oleadas de polvo, que levantaban las tropas de Oudinot en su movimiento de Golsdorf á Rohrbeck, dijeron ser la caballería enemiga que habia rebasado á las tropas francesas. Ante este susurro se desbandaron los sajones á pesar de los esfuerzos de Reynier, desertaron de Golsdorf, dejaron nuestra izquierda enteramente al descubierto, se lanzaron atropelladamente sobre Oudinot y pasaron por entre sus filas. Desgraciadamente se habian acumulado todos los parques y bagages en lo interior del ángulo formado por nuestra línea de batalla. Horrificosa confusion hubo entonces, y por todas partes empezó una verdadera derrota. Sin embargo, obligada la division de Durrute á evacuar á Dennewitz, retiróse ordenadamente. Oudinot, sobre quien se replegó de tropel la izquierda no se movió un paso, y Bertrand pudo repasar sano y salvo por la aldea de Rohrbeck el arroyo tan disputado. Asi y todo estaba perdida la batalla, pues se habia cedido el terreno del combate, el camino de Juterbock se hallaba cerrado, y de consiguiente quedaba por conseguir el objeto. Siete ú ocho mil de los nuestros y ocho ó nueve mil de los contrarios yacian tendidos sobre la llanura. Pero, huyendo á todo correr diez ó doce mil de nuestros

soldados, sobre todo bávaros y sajones, iban á proparlar junto al Elba que el ejército francés se encontraba derrotado y aun destruido. Tal era el desorden muy acrecentado por la circunstancia fatal del denso polvo que, oyendo muchos batallones sajones galopar en rededor suyo y juzgando ser la caballería francesa, no se pusieron en defensa, y solo echaron de ver su error cuando ya no tuvieron tiempo de formarse en cuadros. Algunos fueron acuchillados, los mas cogidos. Para estos era la libertad en vez del cautiverio, y fuerza es quejarse mas bien de su fidelidad que de su arrojo, pues se batieron perfectamente, hasta la hora en que pudieron abandonarnos para irse á las filas en donde estaban sus afecciones. Una mitad del cuerpo sajón y otra porcion igual de la division bávara se marcharon aquella noche y al dia siguiente. Ocultándose los sajones en las aldeas, retornaron sin gran trabajo á su pais que estaba cerca. Hacia el Elba corrieron los bávaros para volver en guisa de merodeadores á su patria. Ya no habia medio de replegarse hácia Wittenberg dejado siete ú ocho leguas á la izquierda en la marcha del ejército sobre Juterbock, ni habia mas retirada posible que sobre Torgau, punto que se debia hallar á la espalda al retroceder junto al Elba. Allí se retiró pues el mariscal Ney bastante ordenadamente, bien que despues de perder veinte bocas de fuego á causa de morir los caballos, y quince mil hombres y mas, entre los cuales pasaban de la mitad los desertores. Se hallaba reducido á treinta y dos mil combatientes. Fieles continuaban los italianos segun costumbre, y se habian batido á maravilla. Los wurtembergueses conservaron su apostura militar excelen-